

Juan Pablo Lucchelli

LACAN

DE WALLON A KOJÈVE



Prólogo de Serge Cottet


xoroi

LACAN, DE WALLON A KOJÈVE

Juan Pablo Lucchelli

Prólogo
Serge Cottet


Xoroi
Edicions

Colección ConeXiones

Créditos

Colección ConeXiones

Título original:

Lacan, de Wallon à Kojève

© Juan Pablo Lucchelli, 2016

© De esta edición: Pensódromo SL, 2025

Esta obra se publica bajo el sello de Xoroi Edicions

Diseño de cubierta: Pensódromo

Editor: Henry Odell

e-mail: xoroi@xoroiedicions.es

ISBN print: 979-13-87970-02-4

Depósito legal: B 16544-2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo – por Serge Cottet..... 11

Introducción..... 17

Primera parte

Wallon

Los complejos familiares y el estadio del espejo..... 25

La familia..... 26

Los complejos 28

La imago..... 30

El complejo del destete..... 32

«La imago del seno materno» y «El estudio del comportamiento en la primera infancia»..... 36

Destete: prematuridad específica del nacimiento..... 42

Nostalgia del todo 44

El complejo de la intrusión 45

La reintroducción de la dialéctica y la noción de duplicación: dos formas distintas de rivalidad..... 54

El estadio del espejo en «Los complejos familiares...»..... 57

Reintroducción de los celos en la relación del yo con los otros..... 61

Discusión 64

Henri Wallon..... 67

La noción de cuerpo propio 69

El espejo 73

<i>Fragmentación</i>	78
<i>La castración explicada por la fragmentación</i>	81
<i>Dos meses y medio</i>	83
<i>Intrusión y sociabilidad</i>	87
<i>Wallon y Kojève: agresión y reconocimiento</i>	93
<i>Kojève y el estadio del espejo</i>	96
<i>Introducción a la lectura de Hegel</i>	100
<i>De un otro al otro</i>	104
<i>Teoría del deseo</i>	106
Lacan, Horkheimer y el declive del padre	
en «Los complejos familiares...»	107
<i>Volver a «Los complejos familiares...»</i>	108
<i>Diagnóstico del «declive de la imago paterna»</i>	110
<i>Los secretos de una enciclopedia</i>	114
Henri Wallon, más allá de«Los complejos familiares...»	121
<i>La disociación inherente al sistema descrito por Wallon</i>	128

Segunda parte

Kojève

Cinco cartas de Lacan a Kojève	137
<i>¿Las «reuniones de siempre» o el germen del futuro seminario?</i>	140
<i>¿Un texto conjunto sobre Freud y Hegel?</i>	146
<i>Informes anuales de la École Pratique des Hautes Études</i>	148
<i>El lugar de la locura en la razón</i>	150
<i>¿Lacan le robó a Kojève?</i>	153
<i>La estructura del deseo</i>	157
<i>La introducción dentro de la «Introducción»</i>	159
La hipótesis ternaria del deseo	169
<i>Una lectura marxista de Hegel</i>	177
<i>El deseo, la demanda y el deseo del analista</i>	180
<i>Kojève el clínico</i>	181
<i>El desdoblamiento del espíritu</i>	183
<i>El obsesivo como estoico</i>	187
<i>La histérica</i>	192
<i>Conclusión</i>	194

La metáfora del amor a la luz de la dialéctica del amo y el esclavo	197
<i>Una adivinanza de Kojève.....</i>	<i>197</i>
<i>La hipótesis de la risa</i>	<i>204</i>
<i>La metáfora del amor, permutación y dialéctica.....</i>	<i>207</i>
<i>Mi respuesta al enigma de Kojève</i>	<i>209</i>
<i>La primera metáfora del amor y la pérdida</i>	<i>210</i>
<i>La «segunda metáfora del amor»</i>	<i>214</i>
<i>Metáfora del amor y dialéctica del amo y el esclavo.....</i>	<i>216</i>
<i>El amante y el amado, el amo y el esclavo</i>	<i>223</i>
<i>Conclusión.....</i>	<i>226</i>
Epílogo	229
Acerca del autor	235

A Carolina y Silvina

Prólogo

por Serge Cottet

La obra que vamos a leer nos sorprende por la asombrosa erudición, tanto histórica como epistemológica, que despliega sobre una parte un tanto olvidada de la obra de Lacan, a saber, el «primer Lacan», entre 1933 y 1948. En *Lacan, de Wallon a Kojève*, Juan Pablo Lucchelli investiga tenazmente todas las fuentes de los dos escritos fundamentales de este periodo: «El estadio del espejo» (1936) y «Los complejos familiares» (1938). Restablece el clima intelectual que inspiró esta producción, en contraste con la interpretación dogmática del freudismo dispensada por la SPP (Sociedad Psicoanalítica de París). Es fácil ver cómo la asidua frecuentación de Lacan de los círculos intelectuales y filosóficos parisinos le distanció de los maestros que inspiraron su tesis de 1932. Lacan consideraba que Freud no era autosuficiente. Juan Pablo Lucchelli destaca el interés de este primer Lacan, que se sitúa al margen de los conceptos freudianos, incluso criticándolos: «Lacan está a la búsqueda de herramientas teóricas que le permitan dar cuenta de la locura locura y,

más ampliamente, del psicoanálisis». Nada menos. Tras someter los conceptos de la psiquiatría a la teoría freudiana de la paranoia, Lacan se dedicó a iluminar el freudismo con la filosofía. Dos nombres ocupan un lugar central en esta renovación: Henri Wallon y Alexandre Kojève. El primero fue el responsable de que Lacan inventara el estadio del espejo, mientras que el segundo era conocido por haber difundido el pensamiento de Hegel, y fue muy respetado en la universidad en un seminario celebrado entre 1933 y 1939, al que asistieron nombres tan prestigiosos como Raymond Queneau, Georges Bataille y Jean Hyppolite. Al mismo tiempo, gracias a las investigaciones de Lucchelli, nos enteramos que el propio Lacan organizaba reuniones en su casa a las que Kojève era invitado.

El escrupuloso comentario de Lucchelli se centra en primer lugar en el estadio del espejo, que es como el resultado de esta doble contribución. Sabemos que el texto de la conferencia original de 1936 se ha perdido y que solo conocemos el texto de 1949; pero Lucchelli consigue devolvérselo siguiendo la trayectoria intelectual de Lacan, que le lleva a poner en primer plano a Wallon, profesor del Collège de France, que encargó a Lacan la redacción del artículo sobre «la familia». Mientras que Lacan se mantiene muy discreto sobre esta fuente esencial, Lucchelli se propone demostrar la proximidad de los conceptos de los dos autores. En *Les origines du caractère chez l'enfant* (1934), Wallon enfrenta al niño con el espejo, con su imagen, a diferentes edades. Señala las diferencias entre la etología y los simios superiores. Wallon proporcionó a Lacan el concepto de la imagen del propio cuerpo, con el consiguiente desdoblamiento, es decir, la alternancia de júbilo e inhibición de una imagen que me convierte en otro. El impacto de la mirada del otro en la asunción de la propia imagen corporal encierra

la promesa de la socialización. La aportación de Wallon es tan evidente que uno se pregunta qué distingue al psicólogo de la aportación específica de Lacan. El evolucionismo psicológico de Wallon es una etapa en el camino del conocimiento, el preludio del sentido de la personalidad. Para Lacan, es la matriz de la psicosis paranoica.

Wallon, afirmando la primacía de lo social, y futuro comunista, no se interesa tanto como Lacan por todo lo que hace extraña esta imagen especular: el rostro, la máscara. Donde Wallon dice «duplicación», Lacan dice fragmentación. Donde Wallon dice simpatía, intercambio, comunicación, Lacan dice discordancia. En efecto, según Lacan, el sujeto solo obtiene su unidad, conquistada sobre el cuerpo fragmentado, hacia los tres años, a costa de una fragmentación mental que lo aleja de su *alter ego* en una tensión agresiva, en los dos polos de la rivalidad y los celos. Ciertamente, la opinión común es que el complejo de intrusión es un factor de socialización: esto se ve claramente en la triplicidad observada de ostentación, seducción y despotismo. Estas actitudes no responden a ninguna necesidad vital y son fundamentalmente distintas de la rivalidad animal. Es evidente el interés de Lacan por la Gestalt, la etología animal, las observaciones de Von Uexküll y su concepto de *Umwelt*. La diferencia radica en la mediación simbólica inscrita en estas relaciones. Lacan, por su parte, construye la autonomía de lo imaginario, en oposición a cualquier proceso de adaptación biológica. Fue él quien hizo hincapié en el concepto de prematuridad biológica del hombre, que precipita al niño hacia una imagen unificada de su cuerpo, con la discordancia que ello conlleva.

Sin embargo, mientras que Wallon subraya sobre todo los efectos socializadores de la asunción del propio cuerpo, Lacan, en cambio, si bien suscribe la mutación subjetiva que implica el reconocimiento del otro, inscribe en ella el desga-

rramiento subjetivo. Señala que el conflicto es menos entre los dos protagonistas que en el interior de cada sujeto. Hay «como un conflicto entre dos actitudes opuestas y complementarias», escribe Lucchelli. La discordancia es pues mayor en los celos que en la rivalidad, donde se constituye el intercambio. Por eso, según Lacan, los celos desempeñan un papel primordial en esta socialización donde el tercero está presente, mientras que para Wallon es el transitivitymo la puerta de entrada a la socialización. Una referencia simbólica está también en juego en el interés que suscitan las diferencias de edad. Wallon constató la discontinuidad estructural determinada por la edad entre rivalidad y despotismo: «Para el despotismo, por el contrario, en más de la mitad de los casos, la diferencia superaba los tres meses». Sin embargo, no hizo del número un operador simbólico, como Lacan, que más tarde diferenció la historia familiar de la certeza de una fecha. Es más, la socialización no puede resultar de una estabilización imaginaria de la relación con el otro, sino que requiere el Edipo freudiano.

Sin embargo, este distanciamiento de Wallon no sería posible sin la contribución de Kojève, que introdujo a Lacan en Hegel. Con gran precisión, Lucchelli distingue la aportación conceptual de Wallon de la de Hegel, permitiéndole este último romper completamente con los modelos vitalistas y darwinistas. Un concepto como el de fragmentación no tiene su origen únicamente en el descubrimiento por Lacan de la obra de Melanie Klein. Procede tanto de la «conciencia infeliz» hegeliana como de la dialéctica del amo y el esclavo. Así, Lacan leyó a Wallon con Kojève. Por supuesto, insiste Lucchelli, Wallon utiliza la expresión «niño dividido». Pero con ello nos referimos a una escisión imaginaria más que a una entrada en la dialéctica del reconocimiento. Solo la referencia a Hegel inscribe in-

mediatamente la etapa del espejo en esta dialéctica donde reina el deseo del Otro. Kojève transformó el cogito: del yo pienso al yo deseo. La dialéctica del amo y el esclavo es la primera forma de socialización del sujeto en relación con el Otro. Contiene el factor mortificante que Lacan denominará más tarde el desgarramiento mortal del estadio del espejo, la muerte imaginaria que, en su momento, dispensó de la necesidad de recurrir a la pulsión de muerte. Así pues, no se puede escapar a una lectura retrospectiva que permita reinterpretar los conceptos de este período como sustitutos provisionales del orden simbólico.

Lejos de un retorno a Freud, hay en cambio un rechazo de dos conceptos: el narcisismo primario y la pulsión de muerte, que pasan por alto la relación primaria con el otro. Con Hegel, el trabajo de lo negativo se introdujo en el corpus freudiano. Se estableció una verdadera colaboración con Kojève con vistas a un artículo conjunto que nunca vio la luz, cuyos acontecimientos nos relata Lucchelli. Así pues, el interés era mutuo, y no cabe duda de que el filósofo fue introducido en el conocimiento clínico por Lacan. Además, se forjaron estrechos vínculos entre ellos, como demuestran cinco cartas sobre Hegel y Freud encontradas y publicadas por Lucchelli. Son testimonio, entonces, de la importancia que Lacan concedió a esta colaboración.

Otros descubrimientos preciosos han salido a la luz. Se refieren al origen del concepto de declive de la imago paterna, central en el artículo de la *Encyclopédie Française* sobre *La familia* (1938). Sabemos cuánto debía Lacan a su introducción a la antropología: los nombres de Durkheim y Mauss aparecen en este artículo, redactado en la época del Collège de Sociologie (1937-1939). Menos conocida es la contribución de la Escuela de Frankfurt y, en particular, de Horkheimer sobre la cuestión de la familia. Lucchelli

nos proporciona pruebas convincentes de que Lacan conocía «*Autorität und Familie*», publicado en 1936 y citado en su artículo «La familia», dato que había pasado desapercibido hasta hoy. También en este caso se impone una lectura retrospectiva. El interés de Lacan por la sociología de la familia es, como dice Jacques-Alain Miller, «un sucedáneo de una simbólica cuya noción vendrá más tarde»¹. Del mismo modo, el «grupo familiar descompuesto» anticipa la forclusión del *Nom-du-Père*. Miller se pregunta cómo es posible que este texto fundamental de 1938 «no se interpusiera en el camino de lo que vendría después». Lucchelli aporta algunas respuestas, descubriendo caminos que ponen de relieve tanto la regresión tópica al estadio del espejo en las psicosis como las premisas del orden simbólico. No se contenta con exhumar las fuentes, sino que contribuye a actualizar la relación entre lo real y lo imaginario, así como el agujero de la imagen, parte esencial de los últimos trabajos de Lacan.

1. Lacan, J., *Les complexes familiaux*, Navarin éditeur, 1984 (nota de contraportada).

Introducción

Lacan, de Wallon a Kojève es un estudio de los primeros trabajos de Lacan, mucho antes de su encuentro con lo que se conoce como estructuralismo. En efecto, solemos situar el comienzo de la obra de Lacan, de lo que hace de él un autor singular, a principios de los años cincuenta, después de haber conocido las herramientas de la lingüística estructural y de la antropología a través de los trabajos de Claude Lévi-Strauss y Roman Jakobson. Aunque esta manera de concebir la obra de Lacan es perfectamente legítima, a menudo se construye sobre una incomprensión de todo lo que precedió al encuentro estructural, a la manera del análisis estructural, es decir, eliminando la historia y la diacronía. En las páginas que siguen, me propongo volver a la historia, para identificar lo que, en Lacan, es casi una condición necesaria para la construcción de su obra.

En este libro, avanzo la hipótesis según la cual, la obra de Henri Wallon, así como el encuentro con Alexandre Kojève, fueron decisivos para Lacan. Wallon, cuya fama no pasó inadvertida a Lacan, había sido nombrado profesor

del Collège de France en 1937, al mismo tiempo que él y Lacan corregían el manuscrito (cuyo título «La Famille»¹ es una modificación de aquel propuesto inicialmente por Lacan: «Los complejos familiares»²), que debía publicarse en el volumen VIII de la *Encyclopédie Française*, publicación que Wallon dirigía. Sabemos que este manuscrito sufrió numerosas modificaciones y que fue el propio Wallon quien introdujo los subtítulos, con la ayuda del autor. Esto explica sin duda por qué Miller no los conservó cuando se reeditó el texto de Lacan en 1984. Dedicó la primera parte de mi libro a un análisis detallado de «Los complejos familiares» y postulo que esta obra constituye el verdadero punto de partida de la obra de Lacan, así como una especie de manifiesto de su concepción de lo que más tarde llamaría el ser hablante.

A menudo se ha sugerido y afirmado que el famoso «estadio del espejo» de Lacan se inspira en Wallon. Me interesa esta hipótesis para, por un lado, demostrar la deuda de Lacan con Wallon, pero también, y sobre todo, para comprender las diferencias entre ambos autores en lo que respecta a la construcción de la personalidad del niño. Es muy probable que Lacan, que citó a Wallon en su tesis de medicina de 1932, estuviera familiarizado con los escritos de Wallon sobre la infancia y, por lo tanto, con sus construcciones basadas en observaciones del niño. Siempre quedará abierta la posibilidad de que Lacan las conociera por otros medios, en particular a través de los autores de la teoría de la Gestalt. Pero lo que más me interesa —más allá de una cuestión de propiedad intelectual, que parece muy amplia puesto que las referencias se remontan a Darwin— es mostrar cómo la teoría de la construcción del psiquismo

1. Lacan, J., «La Famille», *Encyclopédie Française*, Tome VIII, *La vie mentale*, directeur: Henri Wallon, 1938, 8°40-3-16.

2. Según el testimonio de Jacques-Alain Miller (comunicación personal).

a través de la influencia del otro fue tan decisiva para el joven Lacan que condicionó el resto de su obra.

La otra gran referencia es, como sabemos, Alexandre Kojève. Mi investigación sobre el vínculo entre los dos autores comenzó de manera fortuita, con el descubrimiento, en la Bibliothèque nationale de France, de cinco cartas inéditas de Lacan a Kojève de 1935, publicadas por J.-A. Miller (a quien proporcioné las transcripciones mecanografiadas). Me interesaba especialmente la relación entre Lacan y Kojève, de la que se sabe muy poco. Gracias a esas cartas descubrimos que Lacan organizaba reuniones en su casa, probablemente ya en 1934, al mismo tiempo que asistía al curso de Kojève sobre Hegel en la École Pratique des Hautes Études. Este cenáculo, que anunciaba el futuro seminario de Lacan, reunió a escritores como Michel Leiris, Raymond Queneau y Georges Bataille, así como a Alexandre Kojève, a quien Lacan pidió que acudiera a las reuniones en su casa. Gracias a un texto de Kojève sobre «Hegel y Freud»³, sabemos también que nuestros dos autores iban a publicar juntos una obra sobre un tema que parece haber interesado tanto al psicoanalista como al filósofo. Pero eso no es todo: gracias a los anuarios de la École pratique des Hautes études, también sabemos que Lacan dio al menos una conferencia en el curso de Kojève sobre la locura en Hegel, lo que nos lleva a pensar que no solo Kojève impresionó a Lacan, sino que el filósofo también se interesó por los conocimientos clínicos del psicoanalista.

En cierto modo, el pensamiento de Kojève fue decisivo en la obra de Lacan. No solo porque su influencia es explícita en la obra del psicoanalista hasta, al menos, 1953, sino, sobre todo, porque a través de Hegel, Kojève se convierte en una especie de complemento necesario de

3. El texto «Hegel y Freud» también se publicó en *La Cause du désir*, n° 93, 2016, pp 153-160.

Lacan para comprender las observaciones de Wallon. En efecto, aunque se pueda pensar que la percepción que Wallon tiene del niño como ser hablante es antiplaguetiana y dialéctica, su obra parece extrañamente depurada de lo que Freud llama la pulsión de muerte. Aunque Lacan criticó este concepto en su texto de 1938 *Les complexes familiaux*, parece que no podía incorporar los datos de Wallon sin los conceptos derivados de las observaciones freudianas, como la agresión, la muerte y la violencia, que son inherentes al inconsciente. Veremos que es sencillamente imposible concebir la posible influencia de Wallon en Lacan sin el dato kojéviano de la inherencia de la muerte en cualquier definición del «ser hablante» (además, si leemos los cursos de Kojève sobre Hegel, descubriremos que el famoso sintagma «ser hablante» es formulado como tal por el filósofo).

Con respecto a Kojève, se ha hablado mucho de la relación entre su concepción del deseo y la de Lacan a través de su formulación del deseo como «deseo del otro». Incluso si existe una conexión evidente entre la visión de Kojève sobre el deseo como alienado y la noción equivalente de Lacan, a menudo se pasa por alto que el objetivo de Kojève es sobre todo introducir la noción de mediación, no una relación entre dos conciencias, una relación imaginaria como diría Lacan, sino más bien un pacto simbólico, un pacto no consciente, que dará lugar al emparejamiento conceptual del amo y del esclavo. En mi investigación, pues, distingo entre el simple registro imaginario del deseo (el deseo como deseo del otro), la lucha por el puro prestigio, y el registro simbólico del deseo, concebido por el propio Kojève, en el que no solo tenemos un sistema de lenguaje que hay que suponer binario, sino, sobre todo, una relación en la que un significante (o más bien un valor) «representa» siempre para otro significante, lo que

implica un registro ternario y no binario. Esta diferencia es importante, y podemos deducir que el concepto de sujeto de Lacan le debe todo. La verdadera definición del deseo, a saber, el deseo como mediación, requiere una estructura ternaria y no binaria, y postulo que Kojève viene formulándola al menos desde 1939.

Siguiendo esta herencia kojeviana, dedicaré parte de mi trabajo a estudiar la relación asimétrica por excelencia, la del amo y el esclavo, que a su vez arroja alguna luz sobre el deseo, definido como no recíproco y no imaginario. Para comprender mejor la importancia de este tipo de relación, parto de la hipótesis de que la definición dialéctica de Lacan del ser hablante, que quiere y tiene que llegar a ser lo que no es, encuentra su verdadera forma en su primera teoría del amor, la que da en el seminario sobre la transferencia en 1960, a partir de una lectura de *El Banquete* de Platón. Supongo, entonces, que Lacan dedujo su famosa «metáfora del amor» de la relación del amo y el esclavo, tal como Kojève la presentó en su conferencia sobre Hegel, donde lo decisivo no es tanto lo que uno es, sino lo que uno llega a ser en su relación con la falta y el deseo. Así, el amo ocupa el lugar del amo, pero se convierte en esclavo del esclavo en virtud de su dependencia de este último —el mismo razonamiento, pues, que para el *eromenos*, que nos interesa, sobre todo, cuando se convierte en *erastes*, amante, transfiriendo al otro una falta que su nuevo amor parece poseer.

Pero, he de hacer una última observación sobre la relación de Lacan con Kojève: considero que Lacan transforma a Kojève en un clínico, porque es de él y de sus observaciones sobre las figuras del espíritu (el amo y el esclavo, el estoico y el escéptico) que derivan sus formulaciones sobre el obsesivo y el histérico. En efecto, de la definición del estoico, por su espera de la muerte del amo y su deseo,

entonces, como imposible, a las consideraciones sobre la relación de la histérica y el escéptico con el amo y con el saber, relación que conduce a los discursos del amo y de la histérica, deduzco que no fue tanto la clínica como las figuras hegelo-kojevianas del espíritu lo que contó para Lacan en la definición de las dos neurosis clásicas.

Lacan recurre así, en un mismo movimiento, tanto a la psicología de Wallon como a la definición del ser hablante de Kojève. De este modo, podemos anticipar nuestra conclusión: muy pronto, Lacan siente la necesidad de un «con» (para empezar, Wallon con Kojève) para poder captar y reformular el descubrimiento freudiano. Ninguna teoría (ni la de Wallon ni la de Kojève) parece suficientemente completa para dar cuenta de las consecuencias de lo que Freud llama el inconsciente. Así, este «con», con el que Lacan y los autores lacanianos harán fortuna, se impone como una necesidad estructural —ineludible, por tanto, en cualquier aproximación al pensamiento de Freud y de Lacan— hasta el punto de que, en nuestra opinión, toda la obra de Lacan está marcada por las intuiciones de su primera obra. Este último hecho resume por sí solo la hipótesis que sostengo: la obra de Lacan no es otra cosa que el despliegue de las intuiciones de su juventud, en particular de los encuentros que realizó tras su tesis de medicina. Tuvo que crear un ambiente intelectual indispensable para ir más allá del marco académico, que era a la vez autosuficiente e insuficiente. Este dispositivo compensaba una especie de impotencia teórica frente al descubrimiento original del inconsciente freudiano, que Lacan redescubrió incansablemente a lo largo de su obra. Este poderoso dispositivo teórico es un gesto que confiesa la impotencia inherente a toda teoría frente a las complejas paradojas producidas por el viviente.

Acerca del autor

Juan Pablo Lucchelli

Psiquiatra y psicoanalista, miembro de la Ecole de la Cause Freudienne (París) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis.

Nacido en Argentina, pasó gran parte de su vida en Francia donde se formó en psicoanálisis. Actualmente radicado en Suiza, médico jefe en psiquiatría hospitalaria, es también doctor en psicología y filosofía.

Lucchelli es autor varios libros, entre ellos: *Le transfert, de Freud à Lacan* (2009), *Métaphores de l'amour - lecture lacanienne du Banquet de Platon* (2012), *Claridad de Todo: de Lacan a Marx, de Aristóteles a Mao* (entrevista con Jean-Claude Milner), coautor con Fabián Fajnwaks (2012), *Jacques Lacan con y sin Lévi-Strauss* (2015), *Sexualités en travaux*, coautor con Slavoj Žižek y Jean-Claude Milner (2018), *Introducción al objeto a de Lacan* (2023), *Autismo* (2024) y *Anna (Freud) y sus hermanas* (2025).

Lacan, de Wallon a Kojève

Juan Pablo Lucchelli

**Un viaje a los orígenes del pensamiento de Lacan,
donde se gestan sus primeras influencias.**

En esta nueva obra, Juan Pablo Lucchelli explora los trabajos iniciales de Lacan, mucho antes de su encuentro con lo que se denomina estructuralismo. Se suele situar el inicio de la obra de Lacan a principios de los años cincuenta, tras su encuentro con la obra de Lévi-Strauss, y a menudo se ignora el período que la precedió. Sin embargo, entre las numerosas referencias que influyeron en el joven Lacan, las figuras de Henri Wallon y Alexandre Kojève resultarán decisivas. Un análisis textual muy preciso de los primeros escritos, y en particular del artículo «Les complexes familiaux» de 1938, permite poner de manifiesto todo lo que Lacan le debe a Wallon.

Kojève, por su parte, está aún más presente en la obra del psicoanalista: el descubrimiento hecho por el autor de cartas inéditas de Lacan a Kojève pone de manifiesto la omnipresencia de este último, incluso más allá del período estructural. En la misma línea, otro descubrimiento, a saber una cita temprana de Horkheimer en un texto de Lacan, arroja nueva luz tanto sobre la noción lacaniana de «declive de la imagen paterna» como sobre la relación de Lacan con los autores de la escuela de Frankfurt, mismo si los destinos políticos de unos y otros son diametralmente opuestos.

La obra que vamos a leer nos sorprende por la asombrosa erudición, tanto histórica como epistemológica, que despliega sobre una parte un tanto olvidada de la obra de Lacan, a saber, el «primer Lacan», entre 1933 y 1948. En Lacan, de Wallon a Kojève, Juan Pablo Lucchelli investiga tenazmente todas las fuentes de los dos escritos fundamentales de este periodo: «El estadio del espejo» (1936) y «Los complejos familiares» (1938).

Serge Cottet

